

MANUEL J. CALLE

HISTORIA DE UN CRIMEN

(PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO)



BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº	AÑO
PRECIO	DONACION

QUITO - ECUADOR

Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios
por José D. Laso

1897

À LA MEMORIA

DEL INFORTUNADO JOVEN

CORONEL D. LUIS VARGAS TORRES

FUSILADO EN LA CIUDAD DE CUENCA

EN LA MAÑANA DEL 20 DE MARZO DE 1887,

DEDICA ESTAS PÁGINAS

Manuel J. Calle.

Quito, 20 de Marzo de 1897.



HISTORIA DE UN CRIMEN.

(PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO).

I.

La revolución del ocho de Setiembre de 1876 había resultado del todo contraproducente para la causa de la libertad. Aquel esfuerzo supremo de gran parte de la República ecuatoriana contra el viejo despotismo garciano, que, en mala hora,—llevado de escrúpulos monjiles y de una incomprensible debilidad,—intentó continuar el pobre D. Antonio Borrero, tuvo la consecuencia inmediata de un Veintemilla.

Este procedió á derechas en sus comienzos, ayudado por la flor y nata del partido liberal, á pesar

de las farsas del clero y de las intrigas de los conservadores, á quienes supo mantener á raya con una administración enérgica, actos de valor innegable, como la ruptura del Concordato, y con un programa de levantada tolerancia. Pero algún tiempo después, el viento de una desapoderada ambición barría del Presidente liberal los últimos granos de cordura, y la antigua nefanda obra se reanudó en las sombras de la criminal inconsecuencia política, que le llevó por el camino del despotismo. Veintemilla temió no poder gobernar con los hombres del partido que le había colocado en la cumbre, se desalentó sin motivo ante las amenazas y maquinaciones del bando vencido, y transigió con él.

Entonces el liberalismo le desconoció y le maldijo: los curas se apoderaron del débil espíritu de aquel hombre, y pronto nuevas persecuciones, nuevos abusos hicieron probable la reacción.

Con el apoyo del bien organizado y mejor disciplinado partido conservador, con las bendiciones del clero que le mimaba y adulaba, el hombre de los Molinos se creyó capaz de todo; y la Dictadura militar, la peor de las dictaduras, fué un hecho consumado.

Pero hecho que en el orden lógico de la historia de las reacciones no representaba otra cosa que un suicidio. Con él, se enajenó el Dictador no sólo la voluntad de los que habían servido á su gobierno en cuanto lo creyeron constitucional, sino también

la de aquella parte del conservatismo que se había cruzado de brazos careciendo de pretexto plausible para iniciar la resistencia.

Uniéronse, pues, liberales y conservadores: se prendió la llama en el Norte, en el Litoral y en el Centro, con elementos de ambos partidos y, á poco, los expatriados y desterrados que atisbaban en el Perú el momento oportuno, se apoderaban de Loja, y, burlándose de la División que tenía sus cuarteles en Cuenca, se unían á Sarasti, y, ayudados de Landázuri, entraban en Quito por fuerza de armas.

Seis meses después, el último reducto del despotismo estaba en poder de los restauradores, quienes fueron á ocupar el campamento radical del General Alfaro, que, desde mucho tiempo atrás, combatía por su cuenta y sin transacciones con nadie.

Tomada Guayaquil, comenzó inmediatamente la faena desacreditadora de los ultramontanos. En presencia de hechos recientes, cuando aún no se había disipado del todo el humo de los combates, empezóse á escatimar la gloria del triunfo al ejército liberal y á su jefe; hablóse de infidencias, é hizo se todo lo posible por levantar una barrera inexpugnable entre los dos partidos históricos, para los cuales,—compañeros en la misma lucha y en el mismo sacrificio,—había llegado, acaso, la hora de entenderse digna y pacíficamente en provecho del engrandecimiento y progreso de la patria común.

Fuimos no tanto débiles sino sumamente buenos, y nos dejamos engañar. Lo aceptamos todo de nuestros naturales adversarios, y entre ese todo estaba la cuerda del suicidio.

Aconteció lo que era de esperarse: en minoría en la Convención de 1883, hubimos de admitir y jurar, vencidos por la razón del número y del voto, una Carta fundamental que no satisfacía nuestras exigencias, con menos garantías que la del 78, con menos amplitud de miras que la del 61.

Habíamos sido vencidos miserablemente por los compañeros de la víspera, que, luego luego, extremaron contra nosotros la diatriba y la calumnia, y dieron á nuestro abnegado sacrificio pago de ingratitude y de infamia.

Y tras de las vacilaciones y ridiculeces del Gobierno Provisional, tras de los vaivenes parlamentarios de la Asamblea Legislativa, vino un hombre á resumir, con sola su actitud, todo lo hasta ese momento conquistado, y á pesar como una cadena de hierro en la balanza del porvenir: Caamaño.

La elección de Caamaño no fué un hecho casual ni menos inspiración divina de los convencionales, como algunos taimados pretendieron hacer creer al pueblo, asegurándole que de ese modo,—con la elección de un hombre desconocido, nuevo en política, sin ideas ni instrucción,—venía á resolverse el problema político, descontentando talvez á todos, pero esquivando dificultades para lo futuro.

De ninguna manera: desde el campamento de Mapasingue, los hombres del conservatismo y los liberales de medias tintas habían llegado á ese acuerdo; y en el día de la elección, todos aquellos á quienes los terroristas enviaron á la Asamblea, se sentaron en sus curules con la consigna en el bolsillo.

Esto era ya demasiado.

No sólo habíamos sido vendidos, sino impunemente atropellados.

Y la protesta nada valía en presencia de la voluntad manifiesta de la mayoría de los representantes, que ni siquiera se tomó el trabajo de examinar las pretensiones del partido liberal, ni menos se acordó de que la justicia y la honradez deben presidir en todos los hechos de la actividad humana.

Había un resentimiento más.

La pasada lucha, en vez de acercar y procurar que se comprendan todas las aspiraciones é ideales, había ahondado más y más el abismo, límite de demarcación entre liberales y conservadores.

Y la Asamblea terminó en un silencio muy parecido al que precede á la borrasca, como la hora inmediatamente anterior á las grandes batallas.

II.

Habíanle arrebatado al liberalismo todos los medios para la pacífica protesta, le habían herido gravemente en su dignidad é intereses, para que



él pudiera olvidar la manera indecorosa con que había sido engañado.

Y el resentimiento se tradujo en hechos vigorosos: Revolución de 1884.

No ha llegado todavía el momento de juzgar con severa imparcialidad los hechos y los hombres de esa larga contienda civil, que dió por resultado el afianzamiento del Gobierno de Caamaño, que costó un caudal á la Nación y la pérdida de toda esperanza: los hombres de ayer son los mismos de hoy; y no queremos que nuestra censura sea achacada á motivos de convencionalismo de la hora presente, ni que nuestra alabanza se tome por sujeción del miedo ó prurito de ruin lisonja.

Pero sí diremos, con pena, que ese desesperado esfuerzo de un partido lleno de rabia y profundamente herido en lo más vivo, esfuerzo sangriento y decisivo, si no halló en la República,—causada de la aventura penosa de que acababa de salir,—todo el prestigio y apoyo moral de que había menester para triunfar, dejó en el alma del pueblo el germen de porfiadas resistencias y el alto ejemplo de una lucha desgraciada y un noble sacrificio.

No contó el General Alfaro con los medios suficientes para el logro de su empresa, y sucumbió no ante la razón ni el más grande valor del adversario, sino ante el número. La irrupción pensada, que debía conmover el Ecuador hasta en sus cimientos, derribando, de una sola sacudida, el efímero solio de una tiranía de *marionettes*, no pudo llevarse á

debido término, porque las almas débiles dudaron, el vencedor yacía exangüe y desilusionado, y el grito de la heroica protesta, el solemne llamamiento al patriotismo, á la honra, á la dignidad de los ecuatorianos, se perdió en el silencio indiferente del interior de la República, entregado en manos del clero

Luchóse, sin embargo, con heroismo sin ejemplo en la historia de nuestras revoluciones. Manabí y Banamulitas eran un horno; las demás provincias del Interior se inflamaban; comenzaban á despertarse asustadas las conciencias, cuando le faltó fortuna á la Revolución, y cayó en su primera etapa,—en ese Jaramijó que es como el Trafalgar ecuatoriano,—cubierta de gloria y haciendo conocer á los hombres de un Gobierno corrompido y corruptor hasta dónde podía llegar la desesperada energía de un partido sin motivo ultrajado en las transacciones de la vida pública.

Aquí principia esa larga sucesión de campañas que atormentaron el sueño de Caamaño casi hasta vísperas de la terminación de su período.

Mas, esos levantamientos aislados, sin plan fijo, ni cohesión, y, lo que es más, hasta sin esperanza, en nada contribuyeron á sublevar el espíritu nacional, que veía, con angustia, pero sin resolverse á nada, la actitud de ese grupo de valientes que peleaba sin probabilidades de éxito, sin unión, con sobra de valor y sin pizca de cordura.

Y Caamaño se ensoberbeció con los fáciles triunfos obtenidos sobre las montoneras de la Costa, y halló pretexto para entrarse resueltamente por el campo maldito de la tiranía.—Algún día dirá la historia,—cuando el tiempo pase y las responsabilidades del historiador no sean la amenaza de la tranquilidad propia,—los crímenes atroces que entonces se cometieron, cómo se fusilaba prisioneros sin fórmula alguna de juicio, y cómo se pretendió desmoralizar profundamente la provincia de Manabí, á fin de achacar esa desmoralización á los revolucionarios y hallar el pretexto para nuevas extorsiones, nuevas é inauditas crueldades. Hoy todavía no: aún viven los actores de esas desconocidas tragedias, y no queremos que el juicio histórico se convierta en acusación personal por motivos de bandería.

Lo cierto es que la exajeración se llevó á los últimos límites y hasta quiso ensuciarse el puñal de Bruto con la sangre de D. José María Plácido Caamaño! Este no reconoció ya freno: suelto el de toda moralidad, sin respeto á una ley que no existía sino en nombre, dueño y árbitro de la situación, sin miedo al peligro, el hombre nuevo y desconocido dió pruebas de la astucia del gato y se encaramó á la cumbre.

¡Que tiempos aquellos! La República parecía un vasto cementerio; el miedo reinaba en las conciencias con innoble señorío, y declarándose todos impotentes, inclinaban la cabeza: refunfuñando tal vez, pero la inclinaban.

La guerra fué el pretexto del peculado monstruoso; se comerció con todo y todo se tiranizó. Las cárceles, los cuarteles, el presidio no podían ya con los innumerables presos políticos; á Gualaquiza se enviaba confinados por docenas; y luego un Congreso de viles interpretaba arbitrariamente la Constitución del 83, á fin de que el verdugo tuviese título para el asesinato político.

¿Hasta dónde diremos que se extremó la venganza? La obra de los sayones se llevaba á cabo con método y frialdad espantosos, y la esperanza iba desapareciendo cada día más y más de los confines de la Patria.

Fusilados unos, otros desterrados, imposibilitados en la persecución ó el confinio los demás, ¿quién iba á levantar la voz en defensa de la Justicia, en pro de la Libertad? Había uno como marasmo en todas partes, los caracteres más bien templados desmayaban, y el miedo imbécil era el consejero del silencio infame.

Y la reformatoria inícuca y antisocial de la Constitución citada, se llevó á cabo, con perfecta tranquilidad y entre los aullidos de la salvaje alegría de esbirros y pretorianos, por los Congresos de 1886 y 1887 que, con su obra, habrían puesto el sello á la vergüenza de la Patria, si el porvenir no nos hubiera estado reservando la infamia atroz de la bandera.

Pasaban los meses en esta angustiosa expectativa: un día Caamaño tuvo miedo en medio del festín

de caníbales, y renunció el derecho de gracia: la fiera se había acordado de que tenía corazón, temió de él, ¡y se lo arrancó, para tragárselo á bocados en el banquete sangriento!

III.

Pero antes de que el déspota hubiese llegado á semejante extremidad, habían ya caído algunos hombres generosos en el patíbulo político, impiamente asesinados.

¡No hubo para ellos compasión!

La República se estremeció ante semejantes atentados; pero ¿quién era bastante fuerte para lanzar la protesta furibunda que hiciese palidecer las mejillas de aquel verdugo con banda presidencial?

Entre los que sucumbieron de ese modo, oscuramente y llena el alma de inmenso desconsuelo, figura LUIS VARGAS TORRES.

Después de la tristemente gloriosa campaña de Alfaro, en la que la fortuna no estuvo á la altura del heroísmo, cuando aún no se habían apagado del todo los últimos disparos de las montoneras de la Costa y estaba Caamaño en la plenitud de su poder, presentóse Vargas Torres, con un puñado de hombres y la esperanza, como delegado del General Alfaro. (*)

(*) En estos días oscuros en que el desinterés va siendo cada vez más difícil, bueno es hacer constar un rasgo particular del carácter de Vargas Torres: siempre conspiró con recursos propios.

En el año de 1882 tenía en Guayaquil una casa de comercio que

Pasó la frontera del Sur, é hizo un llamamiento á sus conciudadanos, al que nadie acudió, porque todos estaban fatigados de un estado de guerra que venía haciéndose interminable desde 1882 y que había empobrecido y desangrado el país sin provecho para la causa de la libertad y la civilización.

La temeraria campaña fué rápida y desastrosa: Celica y Loja; tres combates, dos derrotas y una catástrofe. Después.

No podían más los que de esa manera luchaban: no eran trescientos, y tenían un ejército al frente; apenas podían con el peso de su indigencia, y las arcas del tiranuelo estaban repletas de dinero; sus armas eran pocas, y podía rodeárseles de cañones; estaban solos, y las provincias del interior, donde operaban, sujestionadas por clérigos y terroristas les odiaban, maldecían y negaban todo auxilio. ¿Podían nunca triunfar de esa manera?

giraba con la razón social de *Avellaneda y Vargas T.* En cuanto se inició la resistencia contra la dictadura veintemillana, la puso en liquidación, realizó su parte, y con el producto de la realización fuese á Panamá, adquirió elementos de guerra, los trajo en un buque de vela y se lanzó sobre Esmeraldas. Con esas armas se ocupó aquella provincia y se libró el combate del 5 de Enero de 1883.

En dicho año, el Gobierno seccional del General Alfaro le hizo pagar parte de lo gastado, y eso sirvió para la expedición del Sur, que tan fatal llegó á serle.

Ya antes había intervenido en la adquisición del memorable *Alhajuela*; resultando de todo que no sólo se arruinó en sus empresas patrióticas, sino que comprometió gravemente la fortuna de su familia.

Sabemos que sobre este último punto hay una reclamación pendiente ante la Asamblea Nacional; nada más justo que se la atienda.

Comprendieron, al fin, lo difícil de su situación y vacilaron. Ese momento de vacilación apresuró el de su ruina; pues cogidos casi sin defensa, fueron llevados prisioneros á Cuenca por Antonio Vega.

Atrahillados como perros, en fúnebre procesión, en medio de una doble fila de soldados, entraron los desgraciados en la ciudad de las sombrías intransigencias clericales; é inmediatamente principió el martirio.

¡Cuán largos meses aquellos para los que gemían, con el grillete al pié, en los oscuros calabozos de los cuarteles de Cuenca! Una farsa de juicio se urdía en las tinieblas, y bailaban de gozo los *triunfadores*.

Nunca le vimos flaquear un sólo instante á Vargas Torres, ni aun en los días de más negro desaliento. Sereno, imperturbable, aguardaba su suerte sin mayor inquietud ni impropia fanfarronería.

Las horas le eran inmensas en esa anticipada tumba, diarias las mortificaciones que le hacían padecer sus guardianes; pero ni la queja encontró salida en sus labios, ni la ira impotente vino á rebajar su altiva dignidad.

Y comenzó el juicio.

¡Qué farsa mas indecente aquella!

Cerróse la puerta á toda honrada compasión, y dudándose de la lealtad servil de algunos oficiales, se envió de Quito jueces *ad hoc*, que llevaban, sin duda, la sentencia de muerte en las maletas de viaje, como consigna indeclinable. A estos se añadió al-

gunos de los vencedores de Loja, interesados, naturalmente, en hacer resaltar la justicia de su causa y la legitimidad de su triunfo, mediante la condenación de sus enemigos. ¡Qué justicia! ¡Qué imparcialidad!

Formóse con estos elementos el Consejo de Guerra al cual fueron conducidos como reses al matadero, los traidores y felones que habían cometido el inaudito crimen, el crimen imperdonable de querer honrada y digna á su Patria y de haber luchado por la libertad y civilización de élla, en lucha desigual, con arrojo increíble, sin recursos y sin esperanza, confiados sólo en la ley providencial de las reacciones, en la bondad de su causa y en la justicia de Dios.

Debían morir.

Para qué, pues, con ellos la legalidad de los trámites ni el obediencia á las prácticas del derecho, que garantizan la defensa?

No era necesario un juicio; era indispensable una sentencia de muerte.

Así es que se atropelló por todo, se procedió al juzgamiento con vocales recusados, casi no se les oyó; y la sentencia recayó inexorable y terrible.

Unos á muerte, otros á larguísimos años de presidio; es decir, á muerte también.

Y la sentencia se ejecutó en uno sólo, porque á ese no más había precisión de empujarle puertas adentro de la Eternidad.

IV.

La noche está oscura y silenciosa.

En el fondo del firmamento sombrío titilan innumerables estrellas, y en el confín del horizonte, allá trás de los distantes cerros, flotan, apiñadas, nubes negras, présagas de tempestad.

La ciudad duerme. En las desiertas calles se escucha tan sólo el ruido de las pisadas de las patrullas que las recorren, el ladrido de algún perro tranocheador y los fúnebres graznidos de las lechuzas que baten sus alas contra los muros de las iglesias ó sobre la cruz de los campanarios.

Encaminemos nuestros pasos á la plaza mayor. La vieja catedral levanta su torre como se yergue un gigante en la sombra. Al frente, la fábrica de la nueva catedral asemeja un montón de escombros; y en la mitad, promontorios de tierra, sobre la que crecen los cardos y la maleza, obstruyen el paso. Este lugar es triste como una ruina, sin tener siquiera la grandeza poética de todo lo que la mano del tiempo ha destruído.

Ahí esta el cuartel. Entremos. La guardia dormita; el silencio es casi absoluto, interrumpido únicamente por el grito que los centinelas se arrojan del un extremo al otro del edificio, y por sus acompasados pasos sobre el duro y desigual empedrado. Las luces de los faroles están casi extinguidas y parpa-

dean en las tinieblas como esclavas soñolientas que hacen esfuerzos por mantenerse en vela.

Todo es lúgubre en derredor: diríase que un hábito de muerte pesa en la enrarecida atmósfera.

¿Quiénes son esos infelices, que, agrupados en desorden lamentable, haraposos y con el grillete al pié, yacen en el fondo de esa miserable estancia?

El centinela vigila en la puerta, rígido y de pies, apoyado en su fusil. Ellos parece que duermen; pero su insomnio se descubre por suspiros ahogados, sollozos apenas perceptibles, rápidos cuchicheos . . . Si pudiéramos mirar sus rostros, contemplaríamos en ellos señales de terrible, desesperada angustia: hay lágrimas en todos los ojos, inmenso desconuelo, consternación inmensa en todos los corazones.

Son prisioneros de guerra. Sus nombres? Si hay justicia, los dirá mañana la historia.

Y el centinela vigila . . . vigila rígido y de pies, apoyado en su arma, mientras las estrellas palidecen en el fondo sombrío del firmamento y, una á una, se apagan las luces de los faroles . . .

En otro cuarto, al resplandor de unas bujías que luchan con las primeras claridades del alba, se pasea un hombre con impaciencia febril, manifestando en su semblante el sello de un grande, de un supremo dolor.

En qué piensa? ¡Quien lo sabe! Esa alma es un abismo asomado al borde de otro abismo. . . Dios, la familia, la patria, el juicio de los contemporáneos

y el fallo de la posteridad qué grandes ideas, cuán inmensas para llenar todos los vacíos!

¡El pobre! Es un moribundo: dentro de algunas horas, será un cadáver.

Ha luchado y ha sucumbido. Víctima de un ideal generoso, el ideal le abandona en la hora terrible del sacrificio: hace días que la esperanza ha huído de su pecho, y el cansancio de la derrota, el desaliento mortal le gangrenan y le matan, aun antes de la hora del verdugo

Se alzó contra una tiranía en nombre y defensa de un pueblo, y ese pueblo le dejó abandonado en la difícil empresa, le desconoció y calló: no quiso ser libre: había perdido, con la fe en el porvenir, la noción de dignidad; y el combate de ese hombre fué estéril para la causa de la inmediata liberación de dicho pueblo.

Quiso romper cadenas; y sólo consiguió que se las remacharan á él.

Peleó por las garantías sociales, y va á morir fusilado.

Clamó por los derechos humanos y la dignidad de los espíritus, y su voz se perdió entre el silencio de los tuos, las blasfemias y maldiciones de los otros y la punible indiferencia de los demás.

El pasado, sombrío; el presente, angustioso, y ¿el porvenir? Ah! será posible que asome el sol en este desamparo, en esta soledad, en estas tinieblas atroces?



¿Renacerá la flor bendita de la esperanza, aunque el germen se riegue con sangre y lágrimas?

Todas las soñadas glorias se han vuelto humo; las nobles ambiciones han sido juzgadas como crímenes; los anhelos santos de libertad, ahogados en el polvo sangriento Mañana no quedará de todo ello sino un despojo fúnebre sobre un patíbulo afrentoso ¡Oh Patria! ¡Oh Libertad!

Y allá, en las distantes playas que arrulla el mar con sus salobres ondas, playas queridas que nunca más verá, cómo tiemblan por su suerte y ansiosas esperan su regreso la amante madre, las hermanas cariñosas

¡Tierra nativa, casa propia, cielo azul que cobijó su cuna; madre, hermanos, compatriotas, adiós!

¿Qué le queda, pues?

Todo lo ha perdido, todo lo ha dejado.

La desesperanza en el fondo de su ser, y el vacío y la soledad en torno: he allí su patrimonio.

¡Cómo quisiera volar á la costa de Esmeraldas, llegar al dintel de la paterna casa, y caer allí, sollozando, en brazos de los suyos, y encontrar alivio en el corazón de su madre para las amarguras del suyo, herido mortalmente por la más honda de las angustias!

Pero no ¡debe morir!

Y lejos tan lejos de los seres queridos por su alma!

¡Qué terribles pensamientos éstos, qué ansiedad tan inenarrable!

En presencia de la tumba no se engaña nadie á sí mismo. Cristo con ser Dios, sudó sangre en el huerto de Getsemaní, y exclamaba: *¡Padre, si es posible pase de mí este cáliz!*

Se sienta y escribe.

Es necesario decir la última palabra al porvenir.

La pluma corre rápida; vea su alma el escritor en esa confesión suprema.

Y dice:

«Tengo la franqueza de confesar que no he cometido otro crimen, que el de haber caído en manos de mis enemigos.»

Y sigue la protesta enérgica y vibrante saliendo de los puntos de su pluma.

Al fin se enternece y escribe:

«Sé que todos mis compañeros de infortunio están tristes y desesperados con la terrible noticia de mi próxima muerte: yo los recuerdo, y el dolor despedaza mi corazón: que no desmayen en su sagrado propósito de salvar la Patria, y en la eternidad les recordaré con gusto. ¡Quiera Dios que el calor de mi sangre que se derramará en el patíbulo, enardezca el corazón de los buenos ciudadanos y salve á nuestro pueblo.»

Pero ¿por qué palidece más y más la luz de las bujías?

Es una invasión de claridad la que penetra por las hendiduras de las puertas.

He aquí el alba.

¡Salve resplandor del día, último sol que alumbrará la frente del luchador vencido!

Es hora de prepararse dignamente: la muerte gusta de la gravedad de las formas.

Y el prisionero se arroja vestido en su pobre lecho, y duerme el sueño que ha de interrumpir el verdugo, que le señalará lecho más cómodo para una noche más larga, para un sueño interminable: la tumba.

V.

Era la mañana del 20 de Marzo de 1887.

La sombra reinaba en la ciudad, de suyo fría y triste en esa época del año.

El cielo estaba oscuro; en el horizonte se amontonaban negras y enormes nubes. Un frío invernal hacía tiritar á los madrugadores de aquel día infausto, y una lluvia sutil, cerniéndose incesante humedecía la tierra.

Algunas horas después, numerosos grupos se dirigían á la Plaza Mayor, y se iban colocando sobre unos grandes montones de tierra que en ella había, extraídos en la fábrica de la Catedral. En los más de los semblantes se dibujaba la curiosidad imbecil de un pueblo ávido de emociones; algunos estaban pálidos, y en no pocos se notaba la secreta angustia del alma.

Salieron las tropas de sus cuarteles y fueron formándose en silencio en uno de los lados de la anchurosa plaza.

Se abre una puerta y por ella sale, en medio de una escolta, el infortunado joven que iba á dar su noble vida en sacrificio.

Se advierte en su rostro las señales del insomnio; cúbrele ligera palidez; tiene la mirada triste, los labios apretados; pero hay serenidad en su frente, y su paso es firme y seguro. Viste completamente de negro.

Algunos frailes le rodean, ofreciéndole con insistencia los consuelos religiosos; pero él los separa de su lado con dulzura y firmemente.

Ya ha avanzado cincuenta pasos. De espaldas á un poste de piedra, oye imperturbable la sentencia, y á una señal del oficial, se sitúa bajo un arco de la casa Municipal.

Allí aguarda.

Ese momento fué de la duración de un siglo para los que contemplábamos con angustia indecible la escena enloquecedora.

Sus compañeros de luchas é infortunio condenados al horrible tormento de presenciar la ejecución, más pálidos y angustiados que él, están agrupados en la galería del cuartel vecino, y han recibido, llorando, el adios del moribundo.

Suena una descarga: un alarido prolongado, terrible, inmenso, que se escapa del pecho de la multitud aterrada, llena los ámbitos; rompen á tocar las

bandas militares, y VARGAS TORRES yace bocabajo en el duro empedrado, con los últimos estertores de la vida.

Avanza un sargento y le da el balazo de gracia. Todo había acabado.

Una infamia nueva tenía que registrar la luctuosa historia del pueblo ecuatoriano.

Y no hubo ni siquiera la dignidad necesaria para con un cadáver! Cruzan dos palos, atan sobre ellos esa ruina sangrienta y aún palpitante, y se la llevan camino del cementerio.

Una ancha faja de sangre indica la dirección del solitario cortejo: ¡esa sangre no se ha lavado todavía de las calles de Cuenca, porque viven en la impunidad los que tomaron parte en el asesinato infame!

La caridad arroja un lienzo sobre el destrozado cadáver, que debía ir cubierto con la bandera de la Patria, ensangrentada y hecha pedazos igualmente; la caridad le da una pobre caja fúnebre; ¡pero esa caridad cristiana falta al fin, y no hay un lugar para los despojos del mártir en la ciudad de las tumbas! Los que le amargaron los últimos instantes de la vida, los supremos y más solemnes; muerto, le negaron una sepultura!

Hay al pie de las tapias del Cementerio de Cuenca, por la parte posterior, una quebrada llamada *Supay-guatico*, lugar destinado á los que la intransigencia clerical no admite en sus camposantos: crece amarillenta grama sobre él, y en el fondo

corre, entre arbustos y ortigas, un pobre y fangoso arroyuelo: lugar sombrío y temido, sobre el que se cuentan consejas de comadres para susto de niños.

Allí enterraron á LUIS VARGAS TORRES.

Oscurecía: en la ciudad circulaba un frío de muerte; bailábase en Quito las fiestas del natalicio del *buen Presidente*; y sentado sobre la olvidada tumba del mártir, ocultando en las manos el semblante, lloraba un hombre de rabia, de desesperación y pena: era Aparicio Ortega.

VI.

Aquel asesinato fué el sello de la tiranía de Caamaño. Después no conoció freno; y comenzó á echar enérgicamente los cimientos de la deshonra nacional que había de venir á socabar y arrojar ruidosamente á tierra la revolución liberal de 1895.

Escribimos rápidamente y sin vista de documentos, y por esto no nos aventuramos á citar fechas ni á mentar nombres, por miedo de que se nos acuse de parciales ó calumniadores; pero los hechos están demasiado recientes, para que esos nombres no anden en boca de todos, excecrados por los hombres de bien.

Podemos decir que el asesinato de VARGAS TORRES, consumado con una frialdad atroz, con cálculo de tigre, sólo fué provechoso para la cau-

sa de la libertad. La revolución se declaró vencida, es verdad; pero el espíritu de resistencia, aunque latente, cobró bríos, como luego lo demostró con ese inmenso respiro de bienestar que se sintió en la atmósfera política á la caída de Caamaño, y con las sangrientas escenas de Guayaquil á la elección de D. Antonio Flores.

Y es que ninguna efusión de sangre inocente es infecunda para la causa del bien: riego preciado de las grandes ideas, ella hace crecer y prosperar el arbol de la libertad; y hasta es necesaria, como lo es el martirio para la consolidación de las creencias, para mantener palpitante la noble animosidad del buen combate y preparar, con saludables reparaciones, las vías del triunfo.

Durante largos años el nombre del desgraciado joven ha sido como un santo y seña del partido liberal. Una vez y otra hemos recordado el triste sacrificio pidiendo cuenta de él á los cobardes victimarios, á fin de recordar á los que se afilian bajo la bandera del porvenir que tenían un alto deber de justicia que llenar, rehabilitando la memoria de los suyos, mediante la ruina del enemigo común, en nombre de la libertad y de la civilización.

¡Bendito sea el martirio de los hombres generosos que se ofrecieron como holocausto en aras de la Patria! Por él se han abierto nuevos y más amplos horizontes en la República, y por él hemos llegado al triunfo.



¿Qué importa la derrota? qué la caída, qué el sacrificio, qué el patíbulo, en fin, si la consecuencia es grandiosa?

¡El crimen no el patíbulo deshonra!—dijo un gran poeta. Sí: el patíbulo es muchas veces el pedestal de la gloria y la santificación de las grandes causas. Cristo muriendo en cruz por redimir á la humanidad; consagró el suplicio afrentoso, divinizó el dolor, cuanto á ese se sube, cuando este se acepta en nombre de las ideas redentoras, y con pureza de intención y sublimidad de miras.

Toda sangre es fecunda: de cada gota de ella brota luminosa una idea, surge radiante un hecho, que ayudan á la humanidad en la ruda faena de su desarrollo y perfeccionamiento.

¡Bendigamos á los héroes, bendigamos á los mártires de nuestra redención social y política!

Y acordémonos de que las ideas se auasan con sangre humana, las revelaciones descienden de los patíbulos, toda religión se diviniza con mártires,—según la frase del viejo Lamartine.

VII.

La odisea de la libertad ecuatoriana fué triste y desconsoladora, pero su epílogo no ha podido ser más brillante.

La sangre derramada en campos de luctuoso combate, ha dado, al fin, los suspirados frutos: amaneció un día, y la tiranía fué.

Hoy estamos en la iniciación del porvenir.

¿Podemos, pues, no volver los ojos atrás para recordar con orgullo esa misma triste historia, llena de decepciones, caídas y desalientos; pero en el fondo de la cual brillaba un pensamiento generoso, bregaba entre sombras un noble anhelo de reivindicación de los derechos humanos para esta pobre Patria, ante la faz de las naciones americanas?

Es doloroso cuando tenemos la mirada fija en el pasado, suspirando por volver á él en nombre del apego á los cosas muertas que no nos brindan sino un recuerdo de infamia, ó cuando pretendemos detener locamente la rueda del progreso por apego á un tradicionalismo decrepito; pero acordarnos del ayer, triste ó glorioso, para fortificarnos en la santa creencia de mejores días ó pedir á él inspiraciones para lo futuro y alta enseñanza de moralidad, virtud y sacrificio, es siempre bueno y provechoso.

¡Encendamos nuestra lámpara ante las tumbas queridas, pero no de modo que á ese recuerdo funerario lo creamos más brillante que el sol!

Y vamos adelante!

Doblemos la hoja de pasadas amarguras, si en élla no hemos de aprender sino la árida lección del odio, que imposibilite nuestra unión y haga ilusoria la confraternidad de la gran familia ecuatoriana.

Vivamos la vida nueva, sin olvidar que todos tienen derecho á ella: estos porque la han merecido con su fé y sus luchas; aquellos porque se han purificado por medio del arrepentimiento.

¡Triste tarea es la declamación de tardías venganzas ante la solemne gravedad del sepulcro, que por sí mismo, con elocuencia irresistible, nos está pregonando las miserias de la vida y las vanidades de la gloria y del poder!

Y no nos arrepintamos de lo hecho, aunque las amarguras de la hora presente estén desalentando profundamente nuestro corazón. Si falta el hourado valor en las luchas de la vida pública, todo lo demás sobra. No desmayemos, y clavemos nuestra bandera en las cumbres del Futuro, acordándonos con Lamennais, de que "la libertad es el pan que los pueblos ganan con el sudor de su frente".

